

Nosotros no queremos que la mujer aparezca descuidada en su atavío, ni en su carácter con la repulsiva severidad del magistrado: artistas de corazón, amamos la belleza y la elegancia; mas anhelamos que la elegancia y la belleza no llenen su imaginación y su existencia hasta el punto de hacerle olvidarse por completo de los altos deberes cuyo cumplimiento le fuera encomendado. No la queremos frívola ni pedante, queremosla solamente razonable.

La frivolidad ha sido, es y será para la especie humana un fecundo manantial de desventuras. ¿De qué creéis que surgieron el infierno y la eterna perdición de los mortales? De una frivolidad de Satánés; de ahí el demonio del lujo y de la envidia; de ahí las pasiones, que son otros tantos demonios que cargan con nosotros.

¿Y no ha de haber un redentor que nos libre de ese limbo? Uno conocemos nosotros, uno al cual no pueden crucificar las mujeres ni perseguir los hombres. Se llama *Instrucción*.

Instruyémonos, y aplastaremos la cabeza de la frivolidad, como aplastó María la cabeza de la serpiente.

JEAN TORES SURVEY.

Madrid, 6 de Marzo de 1884.

## LA SEVILLANA.

(Continúa.)

Volviendo á tratar de las mujeres, agregaremos que, hace pocos días, una distinguida señora nos manifestó que tendría un verdadero sentimiento si desapareciera la costumbre, todavía admisible, de presentarse alguna mujer en el paseo de los tres célebres días. «Quitar, —añadió,—á la feria de Sevilla la aparición de esas graciosas *harinas*, radiantes de juventud y belleza y notables por su gracioso atavío, es despojar á un jardín de sus más vistosas flores. Puede éste ser delicioso, aunque sólo aparezca poblado de magníficas rosas y frescos arbutos; mas no disminuirá, antes bien se ostentará doblemente enriquecido si desmulla entre sus frondosas galas una de esas flores desconocida para muchos y admirable por su singular hermosura.» Al escribir esto tranquilizábase á nuestra amiga, haciéndole comprender que en cuestiones de capricho ó de moda los más bellos adornos crean en completo desuso, volviendo á reinar y á desaparecer alternativamente; y que esto mismo es desde el tiempo de nuestras abuelas lo que ha acontecido y seguirá aconteciendo con los trajes de moja.

Olvídeseis insinuarme lo que ahora dirémos al terminar este capítulo, y es que para ser verdaderas y graciosas andaluzas no necesitan las jóvenes imitar en su traje á las gitanas: en el guardaropa de toda española existe una prenda, la mantilla, que no cre. que jamás

caerá en desuso, porque es exclusivamente de este país y da verdadero carácter de nacionalidad á nuestros trajes aunque éstos hayan sido hechos por la más afamada modista parisiense.

Con el buen gusto de nuestra época, la mantilla española ha mejorado considerablemente, y desde el negro manto de lana, usado para ir á la iglesia ó para excursiones matinales, hasta la ligera toca blanca de encaje admisible sólo en paseos de gran lujo, su forma varía hasta lo infinito, adaptándose á la edad y condiciones de cada una y reinando libertad absoluta así en la elección de ella como en el modo de usarla. Sobre este punto si que pudiera decirse sin temor á rivalidades, que si entre las españolas las que saben con más gracia prenderse la mantilla son, como publica la fama, las andaluzas, entre éstas las sevillanas llevan la palma del triunfo. Así lo dicen cuantos forasteros y extranjeros acuden á esta ciudad: así lo afirman todos, y así también clara é ingenuamente lo da á entender el más inspirado poeta español, el pueblo, en aquel tan conocido cantar:

«Lleva las sevillanas  
en la mantilla  
un leonero que dice:  
¡Viva Sevilla!...»

V

Por verídicas noticias de ilustrados escritores, nadie ignora que en esta capital fué acatada desde los primeros tiempos del cristianismo la piadosa creencia que hasta nuestros días no ha sido declarado dogma de fe. Bendita sea siempre por los devotos hijos de Sevilla la Concepción de la Santísima Virgen María, exenta del pecado original: que no podían acoger en su elevado espíritu la idea de que la designada para ser madre de Dios, apareciese manchada por la huella de la culpa. Varones insignes se hicieron en el siglo XVII campeones decididos de tan noble causa; y el constante empeño de que *todo el mundo en general* aplaudiese la victoria de la Inmaculada, revela tan dulce cariño á la Santa Virgen, como respeto y amor al Sacrosanto Verbo que halló vida en su seno. Así lo expresa el fervoroso poeta sevillano Miguel del Cid, cuando, intérprete fiel del popular sentimiento, dijo en una de sus célebres coplas:

«Si un día fuerdes vos  
de nuestra milja herabera,  
Túta el infierno quisiera  
En la humanidad de Dios,  
Y este inmaculante tal  
Quita el que es línea incapida  
Con barcos cruculada  
Sin pecado original.»

La fiesta de la Concepción Purísima es, pues, una de las que con más júbilo celebran las sevillanas. Desde la víspera adornan todas las fachadas de sus casas con vis-